CENTRO EDITORIAL DE OBRAS ILUSTRADAS.—MADRID.

EL MANUSCRITO
DE
UNA MADRE,

NOVELA DE COSTUMBRES,

su autor

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

ILUSTRADA CON LÁMINAS TIRADAS APARTE Y DIBUJADAS

POR

D. Eusebio Planas.

Cuaderno 21 de ocho entregas.

MADRID.

JOSÉ ASTORT Y COMPAÑÍA, EDITORES.

Calle de las Hileras, número 14.

1872.

L47
2237

CENTRO EDITORIAL DE OBRAS DE ESTUDIO.—MADRID.

EL MANUSCRITO

UNA MADRE

NOVELA EN CUATORCE

LIBROS

ENRIQUE FERREZ ESCOBAR

ILUSTRADA CON DIBUJOS DE MANUEL ALFARO Y DIBUJADAS

CON

D. Blas de Irujo

Cuaderno 21 de ocho entregas.

MADRID

JOSÉ ASTOR Y COMPAÑÍA, EDITORES

(Calle de las Huertas, número 14)

1875.

647-2237

naturaleza, y vuelvo á repetirlo, caballero, no va usted á encontrar en mí la altiva dama, la mujer altanera, injustamente ultrajada, que, viendo próxima á imprimirse sobre su inmaculada frente una vergonzosa mancha, protesta con toda la altivez de su dignidad ofendida.

Doña Beatriz se enjugó dos lágrimas que la vergüenza y el despecho asomaban á sus ojos.

El doctor Samuel, con pausado acento, habló de este modo:

—Señora marquesa: yo sé que usted no ha tomado parte alguna en las infamias del general Lostan; nadie, estoy seguro, se atrevería á marcar un punto negro sobre la limpia conciencia de tan ilustre dama. Cuando mi amigo el doctor Mendez me ha manifestado que usted tenía deseos de verme, he sentido un profundo pesar, sospechando que la situación escepcional en que me encuentro, me iba á poner en el caso de no poder acceder á los justos ruegos de usted; yo, señora, he venido á Madrid no como el vengador de las ofensas que ha recibido mi persona, de la que me ocupo pocas veces, sino á defender los derechos de una mujer que ya no existe y que puso en mí toda su confianza, y los de un pobre huérfano que hace veinte años pregunta en vano por el nombre del autor de sus días.

—Sí, es justo, muy justo y muy sagrado lo que usted desea. Comprendo que una voz desde el sepulcro le exige á usted el cumplimiento de su palabra, pero permítame usted, caballero, que en estos instantes sienta levantarse en el fondo de mi alma ese egoísmo maternal que

siempre fué disculpado por la humanidad. Si usted revela las infamias del general Lostan, esa revelacion hiere de rechazo mortalmente á mi pobre hija.

—¡Ah, señora! bien conoce usted que yo no puedo guardar silencio por mas tiempo.

—Ángela, sin embargo, lo guardó durante diez y ocho años; nunca los labios de aquella pobre mártir se abrieron para reclamar sus derechos, ni acusar al hombre que tantas lágrimas le habia costado. Esta conducta, digna solo de un ángel de la tierra, le demostrará á usted que si ella viviera, no correria los peligros que hoy corre la honra del general Lostan.

—Señora,—repuso Samuel con un acento que revelaba su dignidad,—va usted á disculpar á un hombre á quien ni Dios, ni los hombres, ni la ley pueden absolver.

—¡Ah! no defiendo á mi esposo, caballero; harto convencida estoy, por desgracia, de que no puede ser absuelto de sus crímenes: si trato de conjurar los peligros que amenazan al general Lostan, es porque, salvándolo á él, salvo á mi hija. La sociedad, casi siempre injusta, arroja sobre los hijos la vergüenza de los padres, pues la terrible ley del sabio legislador del Sinaí no se ha extinguido aun entre la raza humana.

Y la marquesa, sonriéndose de un modo en que podia adivinarse el despecho de su alma, añadió:

—¿Cree usted que la marquesa del Radio defenderia al general Lostan, á quien odia de muerte, si supiera que todos sus crímenes, todas sus infamias caian solamente

sobre su cabeza? ¡Ah! no, caballero, no; si de estas horribles combinaciones que nos cercan, si de este horrible drama de familia que nos rodea, pudiera sacar incólumes la honra y la felicidad de mi hija, no lo dude usted ni un solo momento, yo seria la primera que acusaria al general Lostan, pero con una de esas acusaciones terribles, sangrientas, que conducen al criminal al patíbulo.

Doña Beatriz habia pronunciado sus últimas palabras de una manera solemne, enérgica; Samuel no tuvo la menor duda de que aquella mujer tenia bastante corazon y bastante energia de carácter para cumplir lo que decia.

La situación del anciano médico era grave, ó por mejor decir, poco grata para un hombre de tan rectos principios.

Comprendia que la marquesa no era otra cosa que una víctima del general, como lo habia sido Ángela, y que Clotilde, ángel purísimo del hogar, se hallaba amenazada de ser una víctima de los pecados de su padre.

Samuel, algo aturdido, pero resuelto al mismo tiempo á defender los derechos del huérfano, dirigió la palabra de este modo á la marquesa:

—¿Qué es lo que usted quiere de mí, señora? Comprendo que usted y Ángela han sido inocentes, que lo es asimismo la señorita Clotilde, pero yo soy un hombre honrado y por nada del mundo faltaria al cumplimiento de mis deberes.

—Si usted fuese otro hombre,—añadió la marquesa,—si usted fuese uno de esos seres vulgares y egoístas,

siempre fué disculpado por la humanidad. Si usted revela las infamias del general Lostan, esa revelacion hiere de rechazo mortalmente á mi pobre hija.

—¡Ah, señora! bien conoce usted que yo no puedo guardar silencio por mas tiempo.

—Ángela, sin embargo, lo guardó durante diez y ocho años; nunca los labios de aquella pobre mártir se abrieron para reclamar sus derechos, ni acusar al hombre que tantas lágrimas le habia costado. Esta conducta, digna solo de un ángel de la tierra, le demostrará á usted que si ella viviera, no correria los peligros que hoy corre la honra del general Lostan.

—Señora,—repuso Samuel con un acento que revelaba su dignidad,—va usted á disculpar á un hombre á quien ni Dios, ni los hombres, ni la ley pueden absolver.

—¡Ah! no defiendo á mi esposo, caballero; harto convencida estoy, por desgracia, de que no puede ser absuelto de sus crímenes: si trato de conjurar los peligros que amenazan al general Lostan, es porque, salvándolo á él, salvo á mi hija. La sociedad, casi siempre injusta, arroja sobre los hijos la vergüenza de los padres, pues la terrible ley del sabio legislador del Sinaí no se ha extinguido aun entre la raza humana.

Y la marquesa, sonriéndose de un modo en que podia adivinarse el despecho de su alma, añadió:

—¿Cree usted que la marquesa del Radio defenderia al general Lostan, á quien odia de muerte, si supiera que todos sus crímenes, todas sus infamias caian solamente

sobre su cabeza? ¡Ah! no, caballero, no; si de estas horribles combinaciones que nos cercan, si de este horrible drama de familia que nos rodea, pudiera sacar incólumes la honra y la felicidad de mi hija, no lo dude usted ni un solo momento, yo sería la primera que acusaría al general Lostan; pero con una de esas acusaciones terribles, sangrientas, que conducen al criminal al patíbulo.

Doña Beatriz habia pronunciado sus últimas palabras de una manera solemne, enérgica; Samuel no tuvo la menor duda de que aquella mujer tenia bastante corazón y bastante energía de carácter para cumplir lo que decia.

La situación del anciano médico era grave, ó por mejor decir, poco grata para un hombre de tan rectos principios.

Comprendia que la marquesa no era otra cosa que una víctima del general, como lo habia sido Ángela, y que Clotilde, ángel purísimo del hogar, se hallaba amenazada de ser una víctima de los pecados de su padre.

Samuel, algo aturdido, pero resuelto al mismo tiempo á defender los derechos del huérfano, dirigió la palabra de este modo á la marquesa:

—¿Qué es lo que usted quiere de mí, señora? Comprendo que usted y Ángela han sido inocentes, que lo es asimismo la señorita Clotilde, pero yo soy un hombre honrado y por nada del mundo faltaría al cumplimiento de mis deberes.

—Si usted fuese otro hombre,—añadió la marquesa,—si usted fuese uno de esos seres vulgares y egoístas,

que todo lo sacrifican al oro, yo le ofrecería por su silencio la mitad de mi fortuna.

Samuel hizo un ademán como para demostrar que él rechazaría semejante proposición.

—Sí, lo sé, caballero, y por lo mismo no es la dádiva, sino la súplica la que debe emplearse con usted.

—Desgraciadamente, señora, yo no puedo guardar silencio por más tiempo, porque mi silencio podría ser causa de mayores desgracias para la señorita Clotilde y para mi querido Daniel, porque usted no ignora que por desgracia se aman.

La marquesa se llevó la mano á la frente y suspiró.

—Es verdad,—murmuró en voz baja doña Beatriz,—ese amor podría ser funestamente fatal para todos, pero confío en que el tiempo cure á mi hija de esa pasión imposible.

—Sin duda la marquesa ignora que Daniel y el conde de la Fé corren á estas horas en pos del general Lontan y de su hija, y que si desgraciadamente se encontraran, podría ser tarde mañana...

—¡Oh! si eso sucediera, me moriría de vergüenza.

—Es preciso evitarlo, señora, y para evitarlo, no hay otro medio que revelarle á Daniel la verdad.

—Pero entonces Daniel reclamará sus derechos, y el secreto que tantas amarguras nos ha causado tener oculto, rasgando el velo de la verdad, estenderá el escándalo y la vergüenza en derredor nuestro.

—Cuando en las situaciones graves de la vida,—añadió Samuel,—nos amenazan dos peligros, es cuerdo evi-

tar el que mayores y mas fatales consecuencias puede traernos: si Daniel y Clotilde no se conocieran, si no se amaran, el silencio seria la salvacion, pero ocultar por mas tiempo al huérfano el origen de su nacimiento, es esponerle á que mañana, airado, ceñudo y con la desesperacion en el alma, nos diga: «Malditos seais vosotros que, sabiendo que yo era hermano de Clotilde, habéis permitido que penetre en mi corazón el devorador fuego de los incestuosos.»

Doña Beatriz lanzó un grito.

Las palabras del doctor Samuel, pronunciadas con una entonacion tan severa como profética, habian penetrado en su alma, levantando en ella un eco de dolor.

Donde quiera dirigia los ojos encontraba la marquesa nuevos obstáculos; buscaba un camino salvador, y en todos veia el oprobio, la vergüenza, la infamia. Y —

El silencio era un crimen; la publicidad una afrenta: lucha terrible la de aquel corazón dominado por el orgullo, que se retoreia en la cárcel de su pecho al presentir con claridad los peligros que le amenazaban.

—¡Oh!—esclamó Beatriz.—Yo quiero salvar á mi hija, aunque para ello sea preciso sacrificar toda mi fortuna.

Una sonrisa amarga asomó á los labios de Samuel.

—Hay peligros que todo el oro que encierran las entrañas de la tierra no podria conjurarlos, y sin embargo, usted, señora, pudo con una sola palabra disipar la tempestad que ruge sobre las cabezas de Daniel y de Clotilde, víctimas inocentes de la soberbia de un hombre, de la vanidad de una mujer.

—Pero esa palabra era la muerte de mi honra,—esclamó la marquesa,—y al pronunciarla hubiera quemado mis labios y enrojecido mi frente por la vergüenza.

—Esa palabra, señora, era la luz, la verdad, la justicia; era la justa reparacion de una afrenta, era la expiacion de un crimen. ¡Qué importa querer ocultar lo que el tiempo tarde ó temprano ha de arrojarnos al rostro! ¡Dichoso el hombre que tiene bastante grandeza de corazón, bastante poder sobre sí mismo, y que al sentirse acobardado por los remordimientos, alza la frente, y arrancándose la careta con que ha pretendido engañar á la sociedad, esclama con voz tranquila: «Mira mi rostro tal como es, y escúpelo luego si me crees merecedor de tal afrenta.»

—Hay hombres que no pueden hacer eso,—contestó doña Beatriz con turbado acento.

—¿Y por qué, señora?

—Porque la alta posicion que ocupan se lo prohíbe.

—¡Vanidad de vanidades! ¿Qué importan los títulos consignados en los rancios pergaminos, cuando circula por las venas una sangre villana? ¿De qué sirve cubrir un pecho de condecoraciones, cuando late debajo de ellas un corazón infame?

—¡Ah, doctor! bien se conoce que usted ignora los penosos deberes que impone la sociedad á los hombres que, como el general Lostan, alcanzan un elevado puesto en la política.

—¡Desdichado del hombre público que no puede presentar á los ojos de la sociedad las páginas de su vida privada! ¡Infeliz de aquel que duerme sobresaltado, te-

miendo que el público y la prensa le arroje al rostro las infamias cometidas en el hogar doméstico! Pero no es esta la hora de las reconvenciones, sino el momento oportuno de evitar los peligros.

—Pero, ¿cómo? ¡Dios mío! ¿cómo?

—Corriendo en busca de aquellos que huyen de nosotros y diciendo á Daniel: «¡Detente! el padre que durante tantos años has esperado en vano, es el general Lostan: la mujer á quien amas es tu hermana; máldicele, si te place, poco me importa, pero librate al menos de que la sociedad, señalándote con el dedo, esclame con repugnancia:—Hé ahí un incestuoso.»

—La marquesa exhaló un gemido, se cubrió el rostro con las manos y guardó silencio.

Aquella mujer de carácter enérgico, de naturaleza indomable, presa por el orgullo, sentía aun un resto de confianza en el fondo de su corazón.

—Pensaba que aun podría llegar á tiempo para salvar á su hija sin necesidad de revelar le el terrible secreto.

Convencida de que el doctor Samuel era uno de esos hombres que no se compran con facilidad, guardó el mas profundo silencio sobre el paradero del general, porque se resistía á mezclar en los asuntos de familia á un extraño.

Además, ella solo sabia que el marqués del Radio y Clotilde iban á abandonar aquel mismo dia á París.

Samuel, cansado sin duda del mutismo de la marquesa, volvió á tomar la palabra de esta manera:

—Aquí, señora, lo mas importante, lo que urge ante

todo, es partir inmediatamente, es saber el paradero del general y del conde de la Fé; por la felicidad de Clotilde yo le ruego á usted que, si lo sabe, no me lo oculte.

La marquesa levantó lentamente la cabeza: tenia los ojos enrojecidos, pero sin lágrimas; fijó una mirada fria en el doctor y repuso lacónicamente:—

—Lo ignoro, caballero, y puesto que usted se niega á guardar silencio...

—Mi silencio seria tan criminal como el de ustedes.

—Entonces, ruego á usted que dé por terminada esta entrevista.

Samuel y Mendez se levantaron.

El anciano se quedó algunos momentos contemplando á la marquesa, y dijo por fin:

—Por última vez, señora, ruego á usted me indique el paradero del general.

—Lo ignoro,—contestó doña Beatriz con sequedad.

—Entonces, nada me queda que hacer en esta casa; ¡que Dios premie al bueno! ¡que Dios castigue al culpable!

Y el doctor salió de la habitacion seguido de Mendez.

Un momento despues, cuando la marquesa juzgó que ya no podrian oirla, tiró con fuerza del llamador de la campanilla, murmurando al mismo tiempo:

—Sí, es preciso que yo parta; una hora de retraso podria causar la desgracia de todos.

El aya de Clotilde se presentó en el gabinete á recibir órdenes.

—Doña Mercedes,—le dijo la marquesa,—mañana en el primer tren saldremos para Francia.

—¿Vamos á reunirnos con la señorita Clotilde?—preguntó doña Mercedes sin poder ocultar su gozo.

—Sí.

—¡Bendita sea usted una y mil veces!—esclamó la anciana juntando las manos en señal de agradecimiento.

CAPÍTULO VII.

Amor de hermanos.

Julio de Monforte, desde el día que tan inesperada como repentinamente habia desaparecido el conde de la Fé llevándose á Daniel, abismóse en una profunda tristeza.

Indudablemente, esta tristeza reconocia otra causa, pues Julio amaba á Clotilde con toda su alma, y Clotilde habia desaparecido tambien.

Corazon agradecido, noble y generoso, Julio habia hecho el sacrificio de su amor con tan levantada abnegacion, que solo á su hermana Blanca, ángel de la tierra, confiaba las amarguras de su pecho.

Cuando en el período impresionable de la juventud se apodera de nosotros la melancolía de un amor no correspondido, el bullicio de la sociedad nos cansa y solo encontramos algun consuelo en esas horas de dulce quietud en que los ojos pueden llorar sin testigos y el cerebro pensar sin la presencia de indiferentes importunos que tanto molestan.

Julio de Monforte, al salir de la oficina, se dirigia á su casa, comia con su madre y hermana, y luego, encerrándose en su modesta habitacion, pasaba la velada entregado á la lectura.

La noche que nos ocupa, Julio estaba leyendo ese idilio encantador que con el nombre de *Rafael* ha escrito para los enamorados el célebre poeta francés Lamartine.

Serian las nueve de la noche; la lectura era tan interesante para Julio, que toda su alma se hallaba fundida en aquellas páginas llenas de sensibilidad, en aquellos conceptos apasionados que iba devorando con la vista.

Se abrió la puerta de su habitacion y apareció una mujer.

Era Blanca, triste como siempre, hermosa como nunca.

Sus rubios cabellos caian sobre sus hombros formando largos tirabuzones, la mirada de sus ojos azules era dulce como la de la corza moribunda, la pureza de su hermosa frente tenia algo que recordaba la imágen de los ángeles del cielo.

Blanca permaneció algunos segundos inmóvil y contemplando en silencio á su hermano.

Amaba con todó su corazón á Julio, y poseedora de sus secretos, no ignoraba sus sufrimientos; por eso de vez en cuando, y sobre todo durante las horas de la noche, iba á buscarle á su cuarto para reanimar su decaido espíritu y dirigirle palabras de dulce consuelo que mitigaran la amargura de su alma.

Blanca avanzó unos cuantos pasos; púsose detrás

de la silla de su hermano, y apoyando cariñosamente una de sus manos sobre el hombro de Julio, le dijo:

—¿Qué lees?

—Un gemido de amor exhalado del pecho de un poeta.

—Los poetas saben muy bien fingir el amor aunque no lo sientan.

—¿Y qué importa si me lo hacen sentir á mí?

—Es verdad.

—Yo, leyendo estas páginas, siento que se humedecen mis ojos y al mismo tiempo una gran felicidad, un gran consuelo en mi corazón.

—Sí, á tí podrá gustarte mucho la lectura de ese libro,—añadió Blanca sentándose en una silla al lado de su hermano,—pero á mí me gustaría mas que por las noches fueras al teatro ó á los cafés á distraerte con tus amigos.

—Es que yo no tengo amigos, Blanca.

—¿Cómo es posible esto á los veintiun años?

—Tenia uno y ese se ha marchado sin decirme ¡adios!

—¡Ah! sí, Daniel; ha sido bien extraño.

—Y tanto, hermana mia, que en vano procuro explicarme ni darme razon de esa fuga repentina.

—¿Olvidas que Clotilde ha desaparecido tambien de Madrid?

Julio exhaló un suspiro y murmuró en voz baja:

—Sí, es verdad; Clotilde partió un dia antes que Daniel; el general, sin dar una explicacion de su conducta, se opuso con una tenacidad increíble á que mi amigo y

tu amiga se amaran: es uno de estos achaques de rico que nosotros los pobres no podemos esplicarnos; pero afortunadamente Daniel tiene un protector que no le niega nada, y ¡quién sabe si á estas horas se habrán encontrado en alguna parte!

Julio pronunció estas palabras con profunda tristeza. Habia en ellas una mezcla de resentimiento y ternura que solo Blanca podia definir fácilmente.

—¡Cuánto la amas!—murmuró Blanca fijando en su hermano una triste mirada.

—¡Ah! sí, la amo; pero con un amor tan grande, tan sublimado por el agradecimiento, que solo deseo que se encuentren, que deseche el general necias preocupaciones, y abriéndoles los brazos, bendiga ese amor, cuya realizacion es para ellos la codiciada felicidad de su vida.

—Dices bien, Julio,—añadió Blanca enjugándose una lágrima imprudente que asomaba á sus ojos;—nuestro porvenir está escrito, consiste en pedirle á Dios que proteja los amores de aquellos á quienes amamos con toda nuestra alma.

Julio cogió una de las manos de Blanca, fijó en ella una mirada espresiva y dijo:

—Para hacer lo que dices, no olvides, hermana mia, que es preciso tener una abnegacion muy grande y un gran valor para ahogar los dolores del corazon.

—Tengo todo eso, hermano mio; yo amo á Daniel como tú amas á Clotilde, y si mi felicidad hubiera de comprarse á costa de un solo átomo de la dicha de

Clotilde, no la aceptaría. Nuestra madre, al educar nuestras almas, nos hizo comprender que la primera virtud del corazón humano es el agradecimiento, y yo no podré olvidar nunca que la hija del general Lostan fué el ángel salvador que se presentó en nuestra pobre buhardilla cuando el hambre y la miseria estendian sobre nosotros su triste y doloroso manto; ella, hermano mío, nos tendió una mano que entonces besamos con las lágrimas en los ojos, llenos de gratitud; nuestra madre reza todas las noches por nuestra protectora, y los rezos de la anciana son un recuerdo vivo que marca nuestra conducta. ¡Qué importa nuestro dolor! ¡Qué importa nuestra pena cuando el alma generosa es bastante fuerte para ahogar las lágrimas que de su seno se evaporan y enviar una sonrisa á los labios que oculte las tempestades del corazón!

—Eres un ángel, Blanca, un ángel que Dios, bondadoso, ha colocado junto á mí para perfumar las solitarias horas de mi vida. Si la belleza del alma, si la hermosura del corazón encontraran en la tierra de los hombres su recompensa, estoy seguro de que tú llegarías á ser la mujer mas feliz del universo.

—Pues bien, hermano mío, esas mismas palabras te dedico yo á tí: tú también mereces ser feliz.

—Y sin embargo...

—Eres desgraciado, ¿no es eso?

Julio inclinó la cabeza sobre el pecho.

—Escucha, hermano mío,—añadió Blanca con dulce entonación;—existe dentro de nuestro sér un espíritu

misterioso, una esencia impalpable que nos da fuerza para soportar los rudos embates del infortunio, que nos presta la fé para reanimar el desaliento del corazón desfallecido; ese espíritu se llama esperanza, y ella es la mas perfumada, la mas bella flor de la juventud. Confía y espera, porque nadie, querido Julio, puede leer en el misterioso libro del porvenir.

Y cómo Blanca advirtiera la profunda tristeza de su hermano, cambiando de entonacion, dijo:

—Á pesar de cuanto te he dicho, yo deberia estar muy ofendida contigo.

Julio levantó la cabeza y fijó una mirada en su hermana como si no comprendiera sus palabras.

—Sí, muy ofendida,—añadió Blanca,—pues me tienes en casa como una recluta y nunca te dignas sacar-me á dar un paseo; pero te advierto que si te he tolerado esa indiferencia durante el invierno, no sucederá lo mismo ahora que entra la primavera.

—Pues bien, saldremos cuando tú quieras,—contestó Julio esforzándose por sonreirse.

—Saldremos desde mañana, pues he leído en un periódico que están abiertas las puertas del Retiro al público, y te prevengo que no iremos solos, porque es justo que nuestra pobre madre respire de vez en cuando el aire libre de los campos.

—Pues bien, desde mañana tú dispondrás á tu antojo de mi vida, esceptuando las horas en que el deber me llama al ministerio de la Gobernacion.

Aquí llegaba la conversacion de los dos hermanos

cuando la criada entró á anunciarles que un caballero anciano deseaba ver con mucho interés al señorito Julio.

—Pero, ¿te ha dicho su nombre?

—Dice que se llama el doctor Samuel.

—¡Ah! ¡el doctor Samuel! ¡es muy extraño! que entre,—contestó Julio precipitadamente.

Y dirigiendo la palabra á su hermana, añadió: Y

—Fué el amigo de confianza de la madre de Daniel: ¿qué me querrá?

—Voy á dejarte solo; pero como la curiosidad es muy propia en la mujer,—repuso Blanca,—espero que vengas luego á mi gabinete á verme.

—Te lo prometo.

Un momento despues el doctor Samuel entraba en la habitacion.

—Fues bien, salidamos cuando tú quieras,—contestó Julio estorjándose por sonreirse.

—Salidamos desde mañana, pues he leído en un periódico que están abiertas las puertas del teatro al público, y te prevengo que no te vayas solo, porque es justo que nuestras pobres madre respire de vez en cuando el aire libre de los campos.

—Fues bien, desde mañana tú dispondrás á tu antojo de mi vida, escuchando las horas en que el deber me llama al ministerio de la Gobernacion.

—Fues bien, desde mañana tú dispondrás á tu antojo de mi vida, escuchando las horas en que el deber me llama al ministerio de la Gobernacion.

—Fues bien, desde mañana tú dispondrás á tu antojo de mi vida, escuchando las horas en que el deber me llama al ministerio de la Gobernacion.

—Fues bien, desde mañana tú dispondrás á tu antojo de mi vida, escuchando las horas en que el deber me llama al ministerio de la Gobernacion.

—Fues bien, desde mañana tú dispondrás á tu antojo de mi vida, escuchando las horas en que el deber me llama al ministerio de la Gobernacion.

CAPÍTULO VIII.

El entusiasmo de la juventud.

La visita inesperada del doctor Samuel sobresaltó un tanto á Julio.

—¡Ah, querido doctor! ¡Usted á estas horas en mi casa!—le dijo.—¿Ocurre algo de nuevo?

—¡Quién sabe!—contestó el doctor agitando tristemente la cabeza;—puede suceder mucho, tal vez una gran desgracia.

—¡Desgracia! ¿y á quién?—preguntó Julio sobresaltado.

—Á una persona á quien usted quiere de veras.

—¿Á mi amigo Daniel?

—Sí, á Daniel.

Era tan grave el acento del doctor, tan triste su mirada, habia en su frente tan profunda severidad, que Julio tuvo miedo de continuar aquel interrogatorio y se quedó mirando con fijeza al anciano.

El doctor Samuel, que habia tomado asiento en una silla, volvió á decir con pausa:

—Usted, querido Julio, ha sido siempre el amigo de confianza de Daniel, el hermano de corazón; Daniel y el conde de la Fé han desaparecido de Madrid sin que ninguno de los dos se haya tomado la molestia de despedirse de este pobre anciano, y yo vengo á suplicar á usted que, si sabe su paradero, no me lo oculte, porque esta ocultacion le haria á usted cómplice de una gran desgracia que amenaza á Daniel y á Clotilde.

—¿Á Daniel? ¿á Clotilde?—repitió Julio sin poderse explicar las palabras de aquel anciano, que tanto le sobresaltaban.

—La juventud es franca y expansiva,—añadió el doctor,—y al venir á esta casa, abrigo la esperanza de que Daniel no habrá ocultado á usted sus planes, y que usted, aunque haya jurado no revelarlos, me hará depositario de esa confianza, pues solo de este modo podríamos evitar, como he dicho á usted antes, una gran desgracia.

—¡Ah, mi buen doctor!—repuso Julio,—ignoro los peligros que corren Daniel y Clotilde, segun usted acaba de anunciarme, pero si las revelaciones que usted me exige han de salvarles, su desgracia es cierta, pues yo, como usted, ignoro su paradero.

—Pero ¿es posible que Daniel haya abandonado á Madrid sin darle á usted cuenta de su viaje?

—Sí, doctor, se marchó sin despedirse.

Samuel fijó una mirada escudriñadora en el rostro de

Julio, como si dudara de la verdad de sus palabras.
—Jóven,—añadió,—no me oculte usted nada; se trata de evitar un crimen, de que no se lleve á cabo un vergonzoso acto y de que la desesperacion y los remordimientos no claven sus venenosos dientes en los corazones de Daniel y de Clotilde.

—Por Dios, doctor, me está usted martirizando: ¿qué es lo que sucede? He dicho á usted la verdad, y le juro por lo mas sagrado, por la salud de mi querida madre, que si yo supiera el paradero de Daniel, no tendria el menor reparo en revelárselo á usted.

—¡Oh! desde el momento en que usted, invocando el nombre de su madre, á quien tanto ama, me jura ignorar dónde está Daniel, todas las dudas se disipan de mi mente y veo, con la claridad de la luz del sol, la horrible trama del conde de la Fé, de ese hombre infame que ha ocultado su corazon de hiena bajo la falaz apariencia de la oveja.

—Me está usted atormentando, doctor; las palabras que brotan de sus labios con ese tono de desesperacion me hacen mucho daño, y si algo vale la franca y leal amistad que siempre he profesado á Daniel, yo le ruego que no me torture mas, que se compadezca de la impaciencia que me devora y que me diga franca y lacónicamente qué es lo que sucede.

—Pues bien, Julio, lo que sucede es que el conde de la Fé ha burlado la sencilla credulidad de Daniel; lo que sucede es que el conde de la Fé, que odia de muerte al general Lostan, ha protegido al pobre huérfano

porque, conociendo la historia de su nacimiento, ha visto en él el terrible instrumento de su venganza; por eso se ha ocultado de mí, se ha ocultado de usted, se ha ocultado de todo el mundo para emprender este viaje, porque, á saberlo yo, hubiera desbaratado todos sus planes, y mi inquietud es grande, mi sobresalto inmenso, porque mientras el general Lostan huye de Daniel, llevándose á su hija, el conde de la Fé corre en su seguimiento, arrastrando en pos de sí á Daniel para arrojarle en brazos de Clotilde; de Clotilde, á quien ama con toda su alma mi pobre huérfano y cuyo amor puede ser para él la mayor, la mas terrible de las desgracias.

El anciano se detuvo.

Durante un segundo permaneció agitando la cabeza y dirigiendo una mirada tan triste como vaga á Julio, que, aterrado, oyendo aquellas palabras pronunciadas con acento profético, sentia en su mente agitarse el revuelto tropel de sus ideas.

—Pero el amor de Clotilde es la felicidad de mi amigo Daniel.

—No, Julio, no; el amor de Clotilde,—repitió el doctor con un acento que helaba la sangre en las venas del jóven,—el amor de Clotilde es para Daniel la desesperacion, la vergüenza, la muerte, porque entre el general Lostan y ese huérfano á quien usted tanto ama y que su madre me recomendó al morir, existen los lazos que hacen imposible ó criminal el amor de Daniel y de Clotilde.

—¡Dios mio!—esclamó Julio llevándose la mano á la

frente como si comenzara á comprender las misteriosas palabras del doctor,—Daniel y Clotilde...

—Son hermanos,—murmuró el doctor, cubriéndose el rostro con las manos.

Julio lanzó un grito.

Su rostro, poco antes lleno de vida, se cubrió de mortal palidez; y un estremecimiento nervioso agitó todo su cuerpo.

—¡Hermanos!—tartamudeó en voz baja,—¡hermanos! —volvió á repetir despues de una ligera pausa,—¿y Daniel lo ignora? ¡y Clotilde nada sabe de este terrible secreto!

El doctor y Julio se quedaron inmóviles, silenciosos.

En sus rostros se hallaba impreso el mas profundo dolor, el mas grande abatimiento.

Si la tierra se hubiese abierto y desde el fondo de ella una voz terrible, amenazadora les hubiera anunciado su sentencia de muerte, no habrian tenido oidos para oir aquella voz, porque su ánimo se hallaba profundamente preocupado.

Trascurrió una pausa. Al terminar esta, Julio, levantando la cabeza con ademan resuelto, exclamó con todo el fuego, con todo el entusiasmo de que era capaz su jóven y generoso corazon:

—Es preciso salvar á Daniel, es indispensable librar á Clotilde de semejante vergüenza: ellos son inocentes de toda culpa, y no es justo que los pecados de los padres caigan como gotas de plomo derretido sobre las limpias conciencias de los hijos.

Como Samuel permaneciera mudo, abatido y con la

frente hundida en el pecho, Julio, al contemplar el desaliento propio de la ancianidad, añadió con voz mas enérgica, con entonacion mas firme: —

—Querido doctor: usted acaba de hacerme una revelacion tan terrible como importante, y desde el momento que me ha creído digno de ella, honrándome con su confianza, yo no deseo otra cosa que unirme á usted para salvar á mi amigo; ¡valor! noble anciano, reanime usted su espíritu; nosotros ignoramos el paradero del conde de la Fé, de ese miserable aristócrata que ha sabido envolver á Daniel en unas redes de oro para arrojarle luego sin piedad en el abismo de la mas negra desesperacion; pero en Madrid existe un hombre que sabe hasta lo que piensa el conde de la Fé: ese hombre es Castro, su secretario.

—¡Vana esperanza!—añadió el doctor con una entonacion que demostraba el desaliento de su alma;—Castro no se ha apiadado de mis súplicas, y encerrado en un profundo silencio, no ha querido revelarme el paradero del conde.

—Pues bien, yo, que tengo completa seguridad de que lo sabe, le exigiré que me lo revele, si no de grado, por fuerza.

—Hijo mio, usted es bueno, usted es generoso, ama á Daniel como á un hermano, comprende la espantosa desgracia que le amenaza y sé que lo intentará todo por librarle de ella; pero cada hora que pasa, cada minuto que transcurre siento una nueva inquietud en el corazon, porque aunque el general huye y comprende, como nos-

otros, el peligro que corre su hija, el conde de la Fé le persigue con la incansable tenacidad de la venganza.

—Pero, ¿por qué el general no le revela á su hija la verdad?

—Porque el general es tan infame como el conde de la Fé; porque el orgullo le domina y, al revelar su secreto, caerá sobre su frente una terrible vergüenza.

—Entonces, es preciso que averigüemos el paradero de Daniel. Esta misma noche veré yo al secretario del conde de la Fé.

—Nada conseguiremos por ese camino.

—¡Oh! yo le arrancaré la verdad.

—¿Y dónde nos veremos para saber yo el resultado de la entrevista que usted tenga con ese hombre?

—Donde usted quiera.

—Pues bien, le espero á usted en casa del doctor Mendez.

—Allí iré.

—¿Cuándo verá usted á Castro?

—Esta misma noche.

—Corriente, yo daré órdenes en casa de Mendez de que se le permita á usted la entrada hasta mi gabinete á cualquiera hora, y si no se consigue nuestro objeto...

—Entonces tendremos, por lo menos, la satisfaccion de haber puesto por nuestra parte todos los medios para evitar esa gran desgracia que amenaza á Clotilde y á Daniel.

Julio acompañó al doctor hasta la puerta y luego se dirigió precipitadamente á la habitacion de su hermana Blanca.

CAPÍTULO IX.

Dos lágrimas.

Blanca esperaba sin impaciencia, sentada al piano, á su hermano.

La música, ese dulce pasatiempo que llena de armonía las horas de soledad, que adormece dulcemente el alma, era la ocupacion favorita de aquella hermosa jóven que amaba sin esperanza desde el dia en que su amiga Clotilde le reveló la pasion que le habia inspirado Daniel.

La música era para Blanca una segunda naturaleza, una gran necesidad de su vida.

Las notas que sus hermosos dedos arrancaban al piano caian sobre su corazon como gotas de bálsamo.

Porque la música tiene para las almas tristes una melancólica vaguedad que arranca dulces y consoladoras lágrimas, y para las almas alegres una juguetona y bulliciosa armonía que, alegrando el corazon, deja asomar á los labios una sonrisa de felicidad.

En la época presente, en nuestro siglo, en que los pa-

dres comprenden las necesidades de la vida y del espíritu, cuando tratan de educar á sus hijos, no echan en olvido la música, porque, andando el tiempo, cuando se leen los signos del pentágrama y se comprenden los secretos de ese lenguaje universal inventado por los dioses para los ricos, la música es un adorno que embellece sus horas de dulce pereza: para los pobres puede ser un recurso que les proporcione el necesario pan de cada día.

Blanca, rica al nacer y víctima mas tarde de los vaivenes de la fortuna, habia recibido una buena educacion musical, y su hermano, cuando, gracias á la proteccion de Clotilde, pudo trasladarse desde su buhardilla á un piso segundo, le alquiló un modesto piano, que fué, por decirlo así, la alegría de la casa.

Blanca, que durante algunos años habia carecido de su instrumento favorito, el piano, desde el instante en que tuvo uno á su disposicion, aprovechaba todas las horas que le quedaban libres para recuperar lo perdido.

Su amiga Clotilde, tan entusiasta y tan profesora como ella, le habia proporcionado multitud de piezas musicales muy en boga en su tiempo.

Blanca estaba siempre estudiando; cuando Julio entró en su gabinete, aquella se hallaba tocando muy piano la danza de las *bacantes del Fausto*.

Bastó fijar una mirada en Julio para comprender que sucedia algo extraordinario.

—¿Qué tienes? ¿estás malo?—le preguntó levantándose de la banqueta y rodeando cariñosamente con sus brazos el cuello de Julio.

—No tengo nada, hermana mia, tranquilízate.

—No, no, tú me engañas, tú no me dices la verdad, —añadió Blanca apoderándose de una de las manos de Julio:—estás pálido como no te he visto nunca, agitado, convulso; tus manos tiemblan entre las mias, y yo necesito saber qué es lo que sucede.

—Hermana mia,—repuso Julio,—el doctor Samuel acaba de hacerme una revelacion de tal importancia, que ni yo mismo puedo esplicarme lo que siento, porque esa revelacion envuelve al mismo tiempo una gran desgracia para Daniel y para Clotilde y una gran esperanza para nósotros.

La mirada absorta que resplandeció en los ojos de Blanca demostraba claramente la impaciencia de su espíritu.

—¡Acaba! ¡acaba! no me ocultes nada.

—Es imposible que comprendas, hermana mia, que sospeches ni remotamente lo que el doctor acaba de revelarme.

Y Julio, acercándose á su hermana y rodeándole el brazo por la cintura, añadió en voz baja:

—Acabó de saber uno de esos secretos de familia que hielan la sangre y aturden la razon; prepárate, pues, hermana mia, á oir unas palabras, una revelacion que ha de causarte un gran asombro.

—¡Pero, Dios mio, vas á matarme de impaciencia!

—Es que conviene siempre á las organizaciones sensibles, como la tuya, ir disponiéndolas para que no reciban una impresion demasiado viva.

—¿Sucedé alguna desgracia á Daniel? ¿tal vez á Clotilde?—preguntó precipitadamente Blanca.

—Sí, hermana mia, les amenaza una gran desgracia.

—¿Y no puede evitarse?

—De eso trato.

—Entonces, ¿qué te detiene? ¿por qué pierdes el tiempo?

—Porque yo no he tenido nunca secretos para tí y no he querido salir de casa sin antes decirte que el doctor Samuel acaba de revelarme el misterioso origen del nacimiento de Daniel.

—¡Ah!

—Mi pobre amigo mil veces se ha lamentado del abandono en que le tenía su padre; él ignora aun á quién debe el sér, y es preciso que yo le busque, que yo le encuentre para que le diga: «Daniel, amigo mio, hace mucho tiempo que buscas á tu padre inútilmente; pues bien, yo sé quién es, ahí le tienes, abraza al general Lostan.»

—¡El general padre de Daniel!—esclamó Blanca.

—Sí, hermana mia, sí, el doctor acaba de revelármelo.

—Entonces Clotilde...

—Es hermana del hombre á quien ama.

—¡Jesús! ¿y ella lo ignora?

—Lo ignora, però es preciso que lo sepa muy en breve, y lo sabrá.

—Pero, ¿cómo? ¿has averiguado tú por ventura su paradero?

—Voy á salir inmediatamente, veré al secretario del conde de la Fé y yo te juro, hermana mia, que tendrá que decirme dónde se halla Daniel, de grado ó por fuerza.

—¿Qué es lo que intentas, Julio?—preguntó Blanca sobresaltada.

—Tranquilízate; la amistad me exige que avise á Daniel de los peligros que le amenazan y que le haga romper los lazos que le unen al conde de la Fé, autor de la miserable trama que puede ser causa de la perdición de nuestros dos amigos.

—No te comprendo.

—¡Oh! esto es una historia que ya te explicaré detenidamente en otra ocasion; ahora es preciso aprovechar el tiempo, voy á salir de casa; afortunadamente, nuestra madre se ha acostado, pero si pregunta por mí, puedes decirle que estoy durmiendo; mi ausencia la inquietaria, y nosotros debemos desvelarnos por la tranquilidad de aquella que nos dió el sér. Tú, hermana mia, puedes esperarme, porque despues de mi entrevista con el señor Castro, deseo que hablemos largamente. Hasta luego, pues, y no dudes de que mi conducta en este asunto estará siempre basada en la prudencia y en la noble intencion de salvar á Clotilde y á Daniel de los peligros que corren.

Julio besó á su hermana en la frente, saliendo luego con precipitacion.

Blanca, al quedarse sola, se dejó caer en una butaca, exhaló un suspiro, y plegando las manos, como si

fuera á dirigir una súplica al cielo, murmuró en voz baja:

—¡Hermanos! ¡hermanos Clotilde y Daniel! ¡ah! ¿por qué este secreto no ha sido revelado quince días antes? entonces hubiera podido decirle á mi corazón: «Alienta, recobra la esperanza;» pero ahora, ¿quién sabe si será tarde!

Blanca inclinó melancólicamente la cabeza sobre el pecho.

De sus hermosos ojos, azules como el cielo, se desprendieron dos lágrimas, que, resbalando por sus blancas mejillas, fueron á perderse en su casto seno.

CAPÍTULO X.

La súplica.

Serian las once de la noche.

El señor Castro acababa de entrar en su gabinete, y sentándose junto á la mesa-escritorio, habia cogido la pluma para ocuparse de los asuntos del dia, cuando un criado entró á decirle que el señorito Julio de Monforte deseaba verle para una cuestion de la mayor urgencia.

Castro no tenia ningun negocio con Julio; además, no le habia visto desde el dia en que, repentinamente, habian partido Daniel y el conde.

Si Castro hubiera sido uno de esos hombres que se impresionan con facilidad, indudablemente le hubiera causado admiracion una visita tan inesperada y á una hora tan inoportuna de la noche.

Pero el secretario del conde de la Fé era uno de esos individuos de organizacion fria, temperamento apático, y, como suele decirse en lenguaje familiar, curado de espanto.

—¿Qué me querrá á estas horas?—se dijo encogiéndose de hombros.

Y luego, levantando la voz, añadió:

—Dígale usted que pase.

Castro dirigió una mirada hácia la puerta, con el objeto, sin duda, de leer en la fisonomía de Julio el estado de su espíritu.

Trascurrió un minuto y se presentó Monforte. —

—Doy á usted las gracias,—dijo Julio,—por concederme una entrevista á pesar de la hora...

—Nada de eso, amigo Julio..., para ver á un amigo todas las horas son buenas.

—Gracias, pues me conduce á esta casa un asunto de la mayor importancia. Cuando el tiempo es oro, duele mucho perderlo.

—¡Qué ocurre!

—Vengo á pedir á usted un favor para mí de la mas grande importancia.

—Cuéntelo usted por concedido, si es que está en mis manos.

—Cuidado con lo que se ofrece, amigo mio,—añadió Julio sonriéndose.

—He hecho el ofrecimiento suponiendo que no vendrá usted á pedirme un imposible.

—¡Oh! de ninguna manera. Sé hasta dónde puede llegar la amistad y nunca traspaso sus límites.

—Ya estoy impaciente por oír...

—Supongo que para usted no será un secreto el nombre del padre de mi querido amigo, de mi hermano del corazon, Daniel.

Esta pregunta, hecha rápidamente, sobresaltó un

poco á Castro, pero supo dominarse para no demostrar lo que sentia.

—¡Diantre! Yo solo veo que el señor conde concede á Daniel todas las prerogativas de un hijo, y eso...

Julio agitó la cabeza en señal negativa.

—No es eso. Usted sabe hace tiempo que mi amigo no es hijo del conde de la Fé; pero yo he tenido la desgracia de no saberlo hasta esta noche, pues de lo contrario, le hubiera evitado muchos peligros que hoy le amenazan.

—¡Me sobresaltó usted, Julio!... Pues ¿qué ocurre?...

—Es estraño que usted no sepa..., pero en fin, yo lo diré todo, y confio que usted me ayudará á remediar el daño.

—Cuenta usted conmigo..., pero en verdad que estoy impaciente.

—Voy, pues, á poner fin á esa impaciencia, diciéndole que Daniel es hijo del general Lostan.

Castro, que habia logrado dominar su sobresalto, soltó una carcajada estrepitosa.

—¡Ah! ¿se rie usted, amigo Castro?..., pues creo que hace usted mal, porque el asunto es mas propio de lágrimas que de risas...

—Me rio, querido Julio, porque veo que ha dado usted crédito á una paparrucha. ¡Daniel hijo del general! ¡oh! ¡imposible!

Y Castro continuó riéndose, aunque no tan estrepitosamente.

Julio, que conocia la doblez de aquel hombre, fijó

en él una mirada que podía tomarse por una reconven-
cion y repuso:

—Yo creo, señor Castro, que usted no me hará el
agravio de dudar de que yo, aunque jóven, me precio
de formal.

—No comprendo por qué me dice usted eso.

—Procuraré explicarme. El secreto que acabo de re-
velarle á usted, caso de que para usted sea secreto, es
de tal importancia, que ningun hombre serio debe to-
marlo á broma. Si yo no tuviera la completa, la firme
seguridad de lo que acabo de decirle, hubiera guardado
el mas profundo silencio. Así pues, vuelvo á repetirlo:
Daniel es hijo del general Lostan, y por consiguiente
hermano de Clotilde, y como yo no puedo persuadirme
de que usted ignore el paradero del conde de la Fé, es-
pero que, accediendo á mis súplicas, me lo revele, evi-
tando de este modo una gran desgracia y haciéndose
acreedor á mi agradecimiento.

—¡Oh, diantre! aunque comprendo por la entonacion
de sus palabras, que duda usted de las mias, yo no me
ofendo, querido Julio. ¿Qué interés puedo tener en ocul-
tarle el paradero del conde?

—Usted es el hombre de confianza de don Fer-
nando.

—Sí, soy el hombre de confianza en las cosas que él
quiere confiarme, pero no en todas; veo, amigo mio, que
no tiene usted cabal idea de la manera de ser y de vivir
de estos señores.

—Pero ¿cómo es posible que yo crea que el conde

haya desaparecido de su casa, llevándose á Daniel, sin haberle dicho á usted antes á dónde iba?

—Pues lo ha hecho, amigo mio, lo ha hecho, no le quepa á usted la menor duda.

Julio no podia dar crédito á las palabras de Castro.

Tenia la completa seguridad de que aquel hombre era cómplice de los planes de don Fernando; así es que, dejándose llevar por los impulsos de su generoso corazón y comprendiendo al mismo tiempo los peligros que corria su amigo, repuso con una entonacion algo inconveniente:

—Acabemos, caballero; usted no puede ignorar los planes del conde de la Fé, que yo, en este momento, no quiero calificar como se merecen; toda la proteccion que se le ha dispensado á Daniel podria esplicarse de un modo poco conveniente para el conde de la Fé. Yo sé que se trata de una venganza ruin y miserable, de la que es probable sean víctimas los inocentes, porque usted no ignora que Daniel y Clotilde se aman, y este amor es un crimen que los hombres honrados debemos evitar.

—Jóven,—contestó con calma Castro:—desde que entró usted por esa puerta, está usted ofendiéndome al dudar de mis palabras; no podrá usted quejarse ni de mi paciencia ni de mi tolerancia; pero, para evitarnos la mútua molestia que la prolongacion de esta escena podria causarnos, le repetiré, por última vez, que yo ignoro el paradero del conde de la Fé.

—¿Y si yo no diera crédito á esas palabras?—añadió Julio con acento nervioso.

—Puede usted hacer lo que guste,—contestó Castro encogiéndose de hombros;—yo no he nacido para conquistar infieles.

Julio se estremeció, como si aquella inoportuna terminacion le hubiera hecho daño.

Resuelto á salvar á su amigo, vaciló unos segundos sobre el camino que debia emprender.

Si aquel hombre frio y sin corazon se encerraba en un mutismo desesperante, á Julio no le quedaba otro recurso que pasar de la súplica á la amenaza: este sistema es siempre violento, y muchas veces improductivo cuando se tropieza con un hombre de carácter.

Sin embargo, Julio estaba resuelto á intentarlo todo; una voz secreta le decia: «Castro lo sabe todo, Castro sabe el paradero de Daniel, es cómplice de las infernales maquinaciones del conde de la Fé, y es preciso que le arranques una declaracion, aunque sea á viva fuerza.»

Resuelto á esto, se levantó, se dirigió con pausa hacia la puerta, la cerró por dentro, guardóse la llave en el bolsillo y volvió á sentarse frente á frente de Castro.

CAPÍTULO XI.

La amenaza.

Castro observó con frialdad y sin demostrar la menor sorpresa, todas las evoluciones de Julio de Monforte, sacó con calma un cigarro de papel de la petaca, le encendió y se puso á fumar.

—Hace poco tiempo,—añadió Julio con una calma impropia de las circunstancias,—mi querida madre, mi virtuosa hermana y yo nos hallábamos en la mayor miseria, viviendo bajo el pobre techo de una buhardilla. La palidez del hambre entristecía el rostro de las pobres mujeres, mitad de mi alma, que vivían conmigo; las abrasadoras lágrimas del dolor enrojecían sus ojos, y los harapos repugnantes de la miseria cubrían las carnes de sus débiles cuerpos.

Julio se detuvo, fijó los ojos en su interlocutor, que permanecía fumando tranquilamente, tomó aliento y continuó el relato:

—La fé, la esperanza comenzaban á extinguirse en

nuestros corazones, porque cuando el frio enerva la fuerza vital y huye del alma la alegría, ni el sol tiene luz, ni la vida es otra cosa que un amargo lamento de dolor. En medio de esta desesperacion, cuando ya no creiamos ver para nosotros mas porvenir que la muerte y la tristeza, un ángel llamó á las puertas de nuestra buhardilla.

—Ese ángel, que se presentaba á nosotros bajo la forma humana de una mujer encantadora, nos tendió una mano, y arrancándonos de tan miserable existencia, hizo renacer la esperanza en nuestros corazones, la fé en nuestras almas.

—Á ella le bastó una sonrisa y una palabra para devolver la paz á nuestro espíritu; un nuevo horizonte se presentó ante nuestros ojos, que nos trasportó de la muerte á la vida; fué, en una palabra, nuestra salvadora.

—¿Sabe usted, señor Castro, quién era este ángel de consuelo y de salvacion? pues fué Clotilde, la hija del general Lostan.

—Sí, sé esa historia, ó por lo menos, parte de ella, pero no comprendo por qué me la relata usted con esa entonacion patética, despues de haber cerrado la puerta, guardándose la llave.

—Porque estoy resuelto á demostrarle á usted, señor Castro, que el hombre que como yo se precia de agradecido, en cuanto llega la ocasion lo demuestra, sin que le importen las consecuencias que puedan sobrevenirle; porque yo, por salvar á Clotilde, á quien le debo

la vida de mi madre y de mi hermana, no vacilaré ni un solo instante en sacrificar mi existencia.

—Amigo mio, despues de todo, confieso que soy bastante torpe para no comprender una palabra de lo que usted me ha dicho.

Julio se sonrió de un modo desdeñoso y repuso:

—No le creia á usted tan falto de inteligencia, y eso me pondrá en el caso de hablarle á usted con mas claridad.

—No deseo otra cosa,—contestó Castro sin perder su sangre fria.

—Pues bien, como estoy resuelto á saber el paradero de Clotilde, ó por mejor decir, del conde de la Fé, como tengo la completa seguridad de que se trata de llevar á cabo una ruin venganza y que usted, señor Castro, es cómplice de los planes de don Fernando, y sabe, por consiguiente, dónde se halla, estoy decidido á arrancarle á usted, aunque sea á viva fuerza, ese secreto que procura ocultarme y de cuya revelacion depende la salvacion de Clotilde.

—¡Hola! eso ya toma el carácter de amenaza; seria verdaderamente curioso saber de qué medios se valen los hombres como usted para hacer hablar á los que, como yo, se empeñan en no decir una palabra.

—Va usted á saberlo, amigo mio,—contestó Julio procurando asimilarse á la entonacion de Castro.

—Pues escucho á usted con el mayor interés.

—Cuando un hombre como yo se empeña en arrancarle un secreto á otro que no quiere revelarlo, le dice

en voz baja y con una entonacion que demuestra ser capaz de cumplir lo que ofrece: «Si usted se empeña en callar, yo me veré en el caso de inferirle uno de esos agravios que obligan á los hombres á batirse á muerte, y si despues de esto se mostrara usted indiferente, entonces me veria en la dolorosa necesidad de matarle á usted como á un perro.»

—Perfectamente; todo eso es muy noble, muy digno, pero permítame usted que le diga que no siempre es provechoso; no desconozco que usted puede insultarme, puede, si así le place, poner en público la mano sobre mi rostro y proponerme despues un desafío, pero como yo soy un hombre pacífico, que he recibido una educacion para hacer guarismos y no para esgrimir armas, en vez de aceptar ese lance de honor, daria parte á la justicia de la ofensa inferida, dejando á su cargo arreglar tan enojoso negocio. En cuanto á la segunda parte, es decir, á lo de matarme como á un perro, le confieso á usted que me preocupa poco, y puedo asegurarle que el temor de morir asesinado no turbará mi sueño. Los hombres como usted, querido Julio, no esgrimen nunca en la sombra de la noche el arma homicida, porque para eso se necesita, ó ser muy infame ó haber perdido la razon.

La calma, la frialdad de Castro desorientaban á Monforte.

—Pero, ó usted no quiere dar oidos á las razones que acabo de esplicarle, ó no conoce de lo que es capaz el hombre agradecido.

—Y despues de todo, amigo mio, forzoso es que con-
vengamos en que está usted de medio á medio en un ter-
reno injusto.

—¿Cómo?

—Porque me amenaza usted y quiere obligarme á que
le revele una cosa que ignoro.

Habia tanta naturalidad, tan perfecta calma en las
palabras de Castro, que Julio comenzó á creer que aquel
hombre ignoraba el paradero del conde de la Fé.

Siendo esto cierto, era indudable que estaba come-
tiendo una imprudencia.

Despues de un momento de vacilacion, convencido
de que por la amenaza nada conseguiria de aquel hom-
bre, se resolvió á emplear otro sistema.

Alma generosa, corazon impresionable, Julio comen-
zó á avergonzarse de su conducta con aquel hombre,
cuya cabeza se adornaba con la honrosa corona de las
canas, y obedeciendo á uno de esos irresistibles impul-
sos de generosidad, corrió á la puerta, la abrió, y vol-
viendo á reunirse con Castro, le dijo con acento supli-
cante:

—Pues bien, le creo á usted, caballero, le creo á
usted porque tengo necesidad de creerle; yo retiro todas
las palabras ofensivas que le he dirigido y le suplico
que me perdone; pero amo como á dos hermanos á Da-
niel y á Clotilde, veo la terrible desgracia que les ame-
naza, y quisiera, aun á costa de mi vida, librarles
de ella.

—Eso ya es distinto, y desde el momento en que usted

se coloca en el terreno de la razón, yo, tendiéndole una mano, le digo: «Cuenta usted conmigo para salvar á esos pobres muchachos, cuyo delito se reduce á amarse con toda su alma.» El conde de la Fé tendrá sus planes, será cierto todo cuanto usted me ha dicho, pero á mí no me ha hecho cómplice de semejante cosa. Se marchó sin decirme á dónde; pero como tengo la seguridad de que si permanece muchos días fuera, necesitará que se le envíen fondos, tendrá que escribirme y entonces sabremos su paradero.

—Y entonces, ¿me revelará usted su paradero?

—Inmediatamente, querido Julio. ¿Qué interés tengo yo en que esos dos muchachos se pierdan?

—Pero, ¡el tiempo es tan precioso, señor Castro!

—¡Diantre! demasiado que lo conozco.

—¡Sería tan doloroso para mí llegar tarde!

—Sería una desgracia horrible, espantosa; ellos se aman, y para que dos enamorados cometan una locura, basta y sobra un cuarto de hora; pero le empeño á usted mi palabra de honor de que tan pronto como reciba carta del conde, aunque me ordene ocultar su paradero, aunque pierda su confianza, aunque me despida de su casa, yo iré á decirle á usted: «Amigo Julio, se halla en tal parte, corra usted sin pérdida de una hora á detener á esos muchachos antes que se precipiten en el abismo que sus enemigos les preparan.»

Julio estrechó cariñosamente una de las manos de Castro, creyéndole el hombre mas honrado del mundo.

Si Monforte hubiera tenido el don de leer en el fondo

de las conciencias, se habria visto precisado á asesinar allí mismo al secretario del conde de la Fé.

Pero Dios ha querido que la conciencia resida en el misterioso santuario del corazon, donde no penetra la mirada de la humanidad, y por eso los hombres muchas veces pueden engañarse mutuamente; ataviados con la falsa careta de la hipocresía, se burlan de sus semejantes, y mientras con la una mano se oprimen el pecho, agitado y convulso por el remordimiento, acarician con la otra á la víctima inocente, dirigiéndole una sonrisa cariñosa y palabras de amistad y de amor.

Julio de Monforte salia poco despues del gabinete de Castro plenamente convencido de que el secretario del conde de la Fé era un hombre de bien.

Mientras tanto, Castro, que habia despedido á Monforte con una sonrisa tan falsa como su alma, cuando tuvo la seguridad de que se hallaba solo, reclinando la cabeza sobre el respaldo del sillón y despidiendo al mismo tiempo una bocanada de humo, murmuró en voz baja:

—¡Oh! ¡juventud! ¡juventud! ¡encantador período de la vida! ¡época risueña en que el alma se perfuma con las purísimas emanaciones de la fé, y el corazon duerme dulcemente arrullado por los halagos de la esperanza! ¡Tú eres dichosa porque los desengaños no han muerto aun tus ilusiones! ¡Tú eres feliz porque el frio de las canas no ha comenzado á helar la sangre de tus venas; ni la implacable esperiencia te ha hecho ver las cosas tal y como son en realidad!

Y haciendo un movimiento de desprecio con la cabeza, añadió:

—¿Qué es la vida? un gemido prolongado que comienza en la cuna y termina en las puertas del sepulcro. ¡Dichoso aquel que la desprecia, y acallando los gritos de su conciencia, cruza este valle de lágrimas sin dar oído mas que á los consejos del egoismo! Julio de Monforte me cree un hombre probo, un hombre honrado, un hombre de bien; estoy seguro de que mañana sería capaz de pegar á aquel que hablase mal de mí. ¡Pobre humanidad! Pero escribamos al conde de la Fé cómo se encuentra en Madrid el soñado negocio de su venganza; bueno es que sepa que por aquí cunde ya la voz de alarma y que es preciso no perder el tiempo en las orillas del lago Lemán.

Y Castro, cogiendo una pluma, se puso á escribir tranquilamente.

CAPÍTULO XII.

Donde el doctor Samuel sigue con las mismas dudas.

Julio de Monforte llegó á las doce de la noche á casa del doctor Mendez, preguntó por Samuel, y un criado le introdujo en su habitacion.

El noble anciano estaba esperando con impaciencia á Julio.

Generalmente sucede que los hombres honrados, los que sienten latir en su pecho un corazon generoso, tarde ó nunca pierden la buena fé, y aunque lleguen á la ancianidad cargados de desengaños, siempre conservan un resto de confianza que les hace apreciar al prójimo un poco mas de lo que vale.

El doctor Samuel esperaba á Julio, abrigando la esperanza de que Castro le diria el paradero del conde de la Fé.

Al ver entrar al jóven, exclamó saliéndole al encuentro:
—El corazon me dice que trae usted buenas noticias.

—Desgraciadamente, le engaña á usted el corazón, señor don Samuel.

—¿No ha encontrado usted á Castro en su casa?

—Sí, señor.

—Entonces...

—Castro, como nosotros, ignora el paradero del conde de la Fé.

—¿Es posible eso?

—Acaba de jurármelo con el enérgico lenguaje de la verdad.

—Yo no puedo creer que ese hombre ignore á dónde se halla mi querido Daniel.

—Eso mismo pensaba yo cuando entré en su casa, y cometiendo tal vez una imprudencia, llegué hasta el punto de amenazarle si no me lo revelaba.

—¡Ah!

—Castro escuchó mis amenazas con gran frialdad, y procurando tranquilizarme, acabó por convencerme, después de un largo debate, de que yo le pedía un imposible. Vengo, pues, desesperanzado y triste, porque estoy plenamente persuadido de que solo la casualidad podrá revelarnos el paradero de mi amigo.

—Y sin embargo, jóven,—añadió Samuel con profunda tristeza,—cada día que pasa es un nuevo peligro que amenaza á Daniel.

—Eso me tiene desesperado.

El doctor Samuel guardó silencio, y agitando la cabeza tristemente, como el hombre que no se dispone á dar crédito á lo que oye, volvió á decir después de una pausa:

—La marquesa del Radio afirma ignorar el paradero de su hija; Castro asegura que no sabe dónde se halla el conde de la Fé: esto es verdaderamente increíble, y sospecho ahora mas que nunca que hemos de llegar tarde para salvar á Daniel.

—¿Y qué hacer en este caso?

—Hijo mio, hay circunstancias en la vida en que las buenas intenciones de los hombres honrados son impotentes; en vano busco en mi cansada imaginacion un recurso salvador: todos los caminos están cerrados para nosotros; seria una locura lanzarnos en busca del pobre huérfano, y por consiguiente, será necesario que espere-mos confiando en la Providencia.

—Pero esperar es la muerte de la felicidad de mi amigo; es romper en pedazos dos corazones, turbar para el resto de sus dias dos conciencias puras é inmaculadas.

—¿Y qué remedio nos queda? Todo lo que estaba de nuestra parte se ha hecho, y nadie podria acusarnos de falta de cariño y de actividad. En el fondo de mi corazon se levanta una sospecha: no puedo persuadirme de que la marquesa y Castro ignoren el paradero de aquellos á quienes deseamos encontrar; pero ¿cómo arrancarles un secreto que no quieren revelarnos, cuando nosotros ejercemos tan poca influencia para con ellos? Si el doctor Mendez, que es un amigo leal, no lo consigue, entonces todo se habrá perdido.

Y Samuel, deteniéndose un instante para exhalar un suspiro, continuó de este modo:

—Si meditamos con reflexion todo lo que el conde de

la Fé ha hecho por Daniel desde el primer momento en que se presentó en su casa, podremos deducir con bastante claridad las intenciones que guiaban al viejo aristócrata para declararse repentinamente generoso protector de Daniel. El conde alentó desde el primer momento el naciente amor del pobre huérfano; le empujó, por decirlo así, hácia Clotilde, enardeciendo el fuego de la pasión que inflamaba su alma. No tengo, pues, la menor duda de que todo esto es un plan combinado para vengarse del general, y si no logramos avisarles del peligro que corren, auguro para Clotilde y para Daniel un porvenir de lágrimas y desesperación.

Durante una hora el doctor Samuel y Julio de Monforte continuaron conversando sobre el mismo tema sin encontrar un recurso salvador.

Á la una de la noche se separaron, ofreciendo avisarse inmediatamente que pudieran inquirir alguna noticia.

Samuel permaneció algunos segundos profundamente abismado en sus reflexiones, y ya se disponía á acostarse para dar algunas horas de descanso á su agitado cerebro, cuando vió entrar en la habitación al doctor Mendez.

—Supongo que Julio nada habrá conseguido de Castro.

—Nada absolutamente,—contestó Samuel:—Castro jura ignorar el paradero del conde.

—Pues bien, Castro miente, como miente la marquesa del Radio,—contestó con energía Mendez;—porque ambos han recibido hoy mismo carta de París, y el sobre de esas cartas, certificadas, está escrito con unas letras que me son bastante conocidas.

Samuel fijó una mirada en su antiguo discípulo, dejando asomar, al mismo tiempo, el vivo fulgor de la esperanza en su venerable semblante.

—Explíquese usted, Mendez, explíquese usted, porque me mata la impaciencia.

—¡Oh! estoy contento de mí mismo, porque he aprovechado bien el tiempo: estoy plenamente convencido de que el conde de la Fé persigue al general Lostan, y que ambos, ó se hallan en París, ó por lo menos han estado, hace dos dias, en esa gran ciudad.

—Entonces es preciso que yo parta mañana mismo, —esclamó Samuel.

—¡Ah, amigo mio! y ¿qué haria usted en esa moderna Babilonia, sin tener, por lo menos, un indicio del paradero de aquel á quien se busca? Además, ¿quién nos asegura que se hallen allí? Tan pronto como el general Lostan haya sabido que el conde de la Fé y Daniel se hallan en París, no le quepa á usted la menor duda, habrá emprendido un nuevo viaje para librar á su hija de la persecucion de Daniel; porque, no lo he dicho todo, pues además de esas dos cartas certificadas, que me revelan la mas ó menos corta permanencia en París de aquellos á quienes buscamos, he sabido todo lo que el conde de la Fé ha hecho para enloquecer de amor al pobre Daniel. No tengo, pues, la menor duda de que se trama una horrible venganza, eligiendo para instrumento de ella á dos inocentes séres que serán al mismo tiempo actores y víctimas.

Y como la mirada absorta de Samuel indicaba á

Mendez que no comprendia bien sus palabras, éste añadió:
—En Madrid, como en todos los grandes centros de poblacion, se encuentran con frecuencia hombres degradados, corazones cínicos que se hallan dispuestos á representar el papel que se les confia, por vergonzoso, por infame que sea. El conde de la Fé necesitó uno de estos hombres y no tardó mucho en encontrarlo. Castro fué el reclutador de este canalla, deshonor de su nombre, y el conde le pasó una pension de diez mil reales mensuales para que no se ocupara de otra cosa que de hacer el amor á Clotilde, exacerbando á Daniel, que desde aquel dia vió siempre á un importuno galopar junto á la carretela de Clotilde en los paseos, dirigirle los gemelos con insistencia en el teatro y galantearla en las grandes reuniones donde se encontraban. Todo esto hacia Ernesto de Fontana, pagado por el conde de la Fé; y este adorador de oficio, que se alquilaba para dar celos al amante verdadero, acabó por producir un escándalo en la embajada inglesa una noche de gran baile, de cuyo escándalo resultó el desafio que puso en grave riesgo la vida de Daniel.

—Pero, ¿es posible todo eso?—esclamó Samuel.—
¿Existen en el mundo seres tan degradados que se pres-
ten á desempeñar una farsa tan inicua?

—¡Oh! el baron de Labra es capaz de eso y mucho mas: el conde de la Fé le habia dicho: «Yo te pago para que des celos á mi ahijado, para que estos celos produzcan un escándalo, y este escándalo un desafio; tú eres diestro en el manejo de las armas, tienes valor y sere-

nidad y nada te seria tan fácil como pasarle el corazon de una estocada; pero á mí no me conviene que Daniel muera: para mis planes basta le hagas una herida que le tenga quince dias en cama, porque esta herida le hará mas interesante á los ojos de la impresionable Clotilde.»

Y el doctor Mendez, cambiando de entonacion, añadió:

—Efectivamente, se promovió el escándalo, se batieron los dos jóvenes y quedó herido Daniel; el baron de Labra recibió una cantidad por su trabajo, se habló en Madrid del lance, Clotilde cometió la imprudencia de visitar al herido, aumentando el amor que profesaba al pobre huérfano, y el general, que descubrió las escursiones matutinales de su hija, temiendo por su honra y por su tranquilidad, huyó de Madrid, llevándose á Clotilde, y el conde de la Fé, acompañado de Daniel, abandonó la corte en seguimiento de su antiguo rival.

—¡Qué trama tan espantosa!—murmuró Samuel.

—¡Oh! sí, muy espantosa y muy infame, querido maestro, y ya no debemos dudar ni un solo instante de los planes del conde de la Fé. Clotilde y Daniel se aman, y este amor, contrariado por los obstáculos y por la negativa del general Lostan, es indudable que crecerá de dia en dia, y esperando la ocasion oportuna, llegarán para ambos jóvenes esos cinco minutos de los cuales depende el porvenir de una mujer.

—Pero nosotros evitaremos esa gran desgracia, ¿no es verdad, Mendez?

—Y ¿cómo, querido maestro? es bastante difícil.

—Partiendo á París en cuanto el dia amanezca, bus-

cando á Daniel sin descanso y diciéndole, en el instante en que tengamos la fortuna de encontrarle: «Clotilde es tu hermana.»

—Desgraciadamente, eso es mas difícil de lo que usted cree.

—Pero ¡Dios mio! ¿no encontraremos un camino de salvacion para mi pobre huérfano? ¿Será tan imposible recorrer una por una todas las fondas de París hasta que le encontremos?

—Querido maestro, hoy ha sido para usted un dia muy agitado; yo le suplico que se entregue algunas horas al descanso, la luz del nuevo sol tal vez nos sugiera algun recurso salvador; creo inútil repetirle que á su disposicion se halla todo cuanto poseo, y que si bien yo no puedo acompañarle, porque mis obligaciones me retienen en Madrid, podrá usted, acompañado de Julio de Monforte, partir cuando guste, porque Julio, leal amigo, está tambien interesado en la salvacion de Daniel.

—Sí, sí, es verdad, necesito descansar algunas horas para que se refresquen mis ideas. En este momento me seria difícil resolver el problema mas sencillo.

—Entonces, hasta mañana,—repuso Mendez.

Y saliendo de la habitacion del doctor Samuel, añadió en voz baja:

—El pobre viejo dormirá poco, á sus años el sueño es rebelde y basta que cruce por la imaginacion una pequeña nube para que le ahuyente y disipe.

Y encogiéndose de hombros, se dirigió triste y meditabundo hácia su dormitorio.

CAPÍTULO XIII.

Donde Blanca recibe noticias de Clotilde.

Trascurrieron algunos días sin que ni el doctor Samuel, ni Mendez, ni Julio pudieran averiguar el paradero de aquellos á quienes deseaban encontrar.

Todos sus afanes, todos sus desvelos se estrellaron ante el misterioso itinerario que debía indicarles la ruta del conde de la Fé.

Ir á París sin un dato cierto era una locura.

Así lo comprendía el doctor Mendez, procurando contener la impaciencia de Julio y de Samuel.

Sin embargo, Mendez, que era un hombre activo, que tenía relaciones en todas partes y que habia pasado largas temporadas en París, escribió á uno de sus amigos encargándole que averiguara, recorriendo las fondas principales, el paradero del conde de la Fé.

Durante ocho días la contestacion de este amigo fué la esperanza de nuestros personajes.

Por fin llegó una carta concebida en estos términos:

«El conde de la Fé ha permanecido algunos días

hospedado en un gran hotel de esta capital, pero se ha marchado sin decir á dónde.»

Este era el resúmen de la carta.

Quedaban, pues, en la misma ignorancia que antes de haber dado este paso.

De dia en dia aumentaba la profunda tristeza del doctor Samuel.

Mendez apenas podia contener á Julio, empeñado en emprender un viaje sin rumbo fijo y á la ventura.

Esto era una demencia que no podia dar ningun resultado satisfactorio.

Así las cosas, una mañana, Blanca, que se hallaba, como siempre, estudiando junto al piano, vió entrar á su madre con una carta.

—¿De quién podrá ser esta carta?—preguntó doña Amparo entregándosela á su hija:—viene dirigida á tí.

—¡Á mí! bien sabe usted que no tengo correspondencia con nadie; ¿á ver?

Apenas los ojos de Blanca se fijaron en el manuscrito, su pecho exhaló un grito de gozo.

—¿Qué es eso?—preguntó la madre sobresaltada.

—Carta de Clotilde, sí, de Clotilde, reconozco su letra, y además estos sellos me indican que está en el extranjero.

—¡Gracias á Dios!—dijo doña Amparo,—así saldreis de penas tú y tu hermano.

Mientras tanto Blanca habia roto el sobre de la carta y se habia puesto á leer en voz baja.

Doña Amparo, que era una madre cariñosa y con-

descendiente, comprendió que su hija en aquel instante solo se ocupaba de la carta de su amiga Clotilde, y sonriéndose con maternal ternura, salió del gabinete, dejando sola á su hija y diciéndose en voz baja:

—Hoy, cuando venga Julio de la oficina, tendrá una gran alegría.

Volvamos á entrar nosotros en la habitacion de Blanca, que, trémula, conmovida y con los ojos llenos de lágrimas, leía en silencio la carta de su amiga.

Decía así:

«Blanca de mi vida: al coger la pluma para escribirte, ignoro de qué medio he de valerme para hacer llegar esta carta á tus manos; confío que la Providencia me proporcionará algun medio y te escribo.

»Desde el dia que abandoné repentinamente á Madrid, á pesar de mi silencio involuntario, yo no os he olvidado ni un solo segundo. Hoy, que, segun parece, permaneceremos por algun tiempo en la poética casa que Diodati construyó en las orillas del lago Lemán y que mi padre ha alquilado por un año, tal vez me sea mas fácil comunicarme contigo y revelarte las tristes impresiones de mi alma.

»Tú no puedes calcular, querida Blanca, la poesía del hermoso horizonte que se distingue desde la ventana de mi gabinete.

»El poético lago Lemán, que, segun dicen, es el mas bello del mundo, lame tranquilamente los muros de la casa donde vivo.

»Miles de barcas de distintas formas se deslizan ante

mis ojos por las tranquilas aguas del lago, y un cielo de purísimo azul se estiende sobre mi cabeza.

»Pero, ¿qué importa toda la poesía, todo el grandioso panorama de la encantadora Suiza, cuando se tiene el alma triste y late el corazón sin consuelo en las estrechas cárceles del pecho?

»La poética morada en donde vivo, levantada en las márgenes del lago y en la orilla opuesta del castillo del duque de Broglie, se halla llena de recuerdos del gran poeta inglés Byron, que, según parece, la ocupó una larga temporada, escribiendo á la sombra de sus corpulentos árboles sus mejores versos.

»Pero yo olvido todos estos recuerdos, querida Blanca, y atravesando las distancias, voy á detener mi enamorado pensamiento en mi querida España, en mi alegre Madrid, lleno de recuerdos para mí, que no podrán borrar nunca ni la ausencia ni los años.

»Tú no puedes comprender, Blanca mía, la profunda soledad que me rodea: soy una prisionera á quien tienen sus carceleros toda clase de consideraciones.

»Entre mi padre y yo existe una tirantez que oprime el espíritu y affige el corazón: apenas nos dirigimos la palabra.

»Todas las noches paseamos por el lago, y el general, triste y silencioso, sentado en el banquillo de popa, pasa las horas sin desplegar los labios, y yo creo adivinar en su semblante lo mucho que sufre.

»No puedo explicarme la tenacidad de mi padre, porque tú sabes que siempre ha sido bueno y condescen-

diente conmigo, que jamás me ha negado nada, y el prohibirme hoy que ame á Daniel, es una crueldad que no me esplico y que me hace verdaderamente desgraciada.

»Si tú estuvieras á mi lado, si pudiera tener el inmenso consuelo de comunicarte las impresiones de mi alma, creo que esta tristeza que abate mi espíritu no sería tan grande.

»Cuando un corazon sufre, necesita depositar sus secretos en otro corazon que le comprenda y que, alentando su desfallecido espíritu, le da fuerzas para soportar la desgracia que le abruma.

»Figúrate, pues, Blanca mia, la soledad de mi alma y compadéceme.

»Cuando quiera Dios que volvamos á reunirnos, si es que está escrito que algun dia brille sobre mi frente el sol de la felicidad, entonces yo te daré una prueba inequívoca de que no te he olvidado ni un solo momento.

»Mientras llega esta hora apetecida, no me olvides, y dile á Daniel que yo sigo amándole como siempre y que la ausencia no ha sido bastante para borrar su nombre de mi memoria ni su amor de mi corazon, que tenga en mí confianza, que no cometa ninguna imprudencia y que espere resignado el momento en que mi padre, compadecido de la melancolía que me devora, decida regresemos á España, convencido de la impotencia de los recursos que emplea para hacerme olvidar á aquel á quien quiero con toda mi alma.

»Tu hermana de corazon,—Clotilde.»

Blanca exhaló un grito de gozo al terminar la lectura de la carta.

Todos sus temores, todos sus sobresaltos se disipaban con la rapidez con que se cambia una decoracion en una de esas comedias de magia ante los ojos del espectador.

El contenido de la carta demostraba claramente que Daniel no habia podido encontrar á Clotilde, siendo, por consiguiente, una gran fortuna para los dos jóvenes enamorados.

Blanca esperó con impaciencia el regreso de su hermano.

Á las cinco de la tarde, cuando éste llegó á su casa, le entregó la carta, y el gozo de Julio fué inmenso.

—Ahora,—se dijo,—ya que sabemos el paradero de Clotilde, no hay que temer nos suceda la desgracia que nos sobresaltaba; pero es preciso que Clotilde sepa lo mas pronto posible el parentesco que la une con Daniel.

—Le escribiremos hoy mismo una carta,—añadió Blanca.

—Una carta podria estraviarse ó caer en manos del general Lostan; es mas seguro que una persona interesada en la felicidad de Clotilde emprenda el viaje y vaya á encontrarla en las orillas del lago Lemán.

—Pero ese viaje es caro, Julio, y nosotros somos pobres.

—No creas que echo en olvido esa circunstancia, querida Blanca, y por lo mismo te suplico que me des la carta, porque con ella espero encontrar recursos.

—¿Piensas leerla á alguno?

—Á dos amigos que no ignoran nada y que se hallan tan interesados como nosotros en salvar á Clotilde.

—¿El doctor Mendez y el doctor Samuel?

—Los mismos.

—Toma y no perdamos el tiempo,—repuso Blanca entregando la carta á su hermano.

Era tal la impaciencia de Julio, que salió precipitadamente del gabinete de su hermana y encaminóse á casa del doctor Mendez.

La carta produjo á los dos émulos de Galeno el mismo efecto que habia producido á Julio y á Blanca.

Aunque se ignoraba el paradero de Daniel, Mendez creyó oportuno que Samuel y Julio emprendieran el viaje al dia siguiente y revelaran á Clotilde el origen del nacimiento de su amante.

Una vez resuelto el viaje, Julio regresó á su casa.

Era preciso decirle algo á su madre.

Afortunadamente, doña Amparo no tenia mas voluntad que la de sus hijos, y aunque lloró mucho al saber que iba á vivir algunos dias separada de su querido Julio, le dió su consentimiento.

Al dia siguiente, el doctor Samuel y Julio de Monforte se dirigian á Francia arrastrados por la impetuosa velocidad de la locomotora.

CAPÍTULO PRIMERO.

LIBRO DÉCIMOTERCIO.

Veremos a Siza, a las poéticas riberas del lago Lemán, en donde nos esperan los personajes más importantes de la presente historia.

Nada tan fácil ni tan cómodo como los viajes de imaginación.

Noche de angustia.

Sígueme, pues, lejos de España, en donde va a concluir el relato presente.

Santiago, el fiel servidor del general Lortan, había escrito en su memoria y grabado en su corazón las últimas palabras que al partir le dirigió su amo: «A ti te encomiendo mi hijo,—le había dicho—, a los diez de la noche debes regresar, es prueba de que no exists, y entonces colocarás sobre la mesa de noche del dormitorio de Clotilde el cofrecillo de Abano, donde se hallan encerradas las memorias de Anaeta, diciéndole que lee aquel manuscrito para que sepa por qué su padre se oponía a que fuese la esposa de Daniel.»

CAPÍTULO PRIMERO.

Meditacion interrumpida.

Volvamos á Suiza, á las poéticas riberas del lago Lemán, en donde nos esperan los personajes mas importantes de la presente historia.

Nada tan fácil ni tan cómodo como los viajes de imaginacion que el novelista obliga á hacer á sus lectores.

Sígueme, pues, lejos de España, en donde va á continuar el relato presente.

Santiago, el leal servidor del general Lostan, habia escrito en su memoria y grabado en su corazon las últimas palabras que al partir le dirigió su amo: «Á ti te encomiendo mi hija,—le habia dicho;—si á las diez de la noche no he regresado, es prueba de que no existo, y entonces colocarás sobre la mesa de noche del dormitorio de Clotilde el cofrecillo de ébano, donde se hallan encerradas las memorias de Ángela, diciéndole que lea aquel manuscrito para que sepa por qué su padre se oponia á que fuese la esposa de Daniel.»

En vano Santiago quiso oponerse á que su amo tomara una resolucion enérgica que podria traer fatales consecuencias para todos.

—Ni una palabra mas, Santiago,—añadió el general con acento irritado y disponiéndose á partir;—mi testamento se halla tambien en el cofrecillo; es preciso que yo mate al conde ó que muera á sus manos.

Despues de esto, Santiago vió partir al marqués con el rostro sombrío, la mirada amenazadora y llevando la caja de pistolas debajo del brazo.

Conocia de sobra al general Lostan para no temer un drama sangriento, una de esas escenas trágicas en que dos hombres se juegan la vida.

Durante una hora permaneci6 inm6vil, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada fija en el camino por donde habia desaparecido el general.

A Santiago le parecia imposible que su amo hubiera tomado una resolucion tan desesperada; pero alguna esperanza abrigaria en el fondo de su pecho, porque, despues de aquella larga inmovilidad, se pas6 la mano por la frente y murmur6 en voz baja:

—Él volverá, sí, me lo dice el corazon; no es posible que el conde de la Fé le mate.

Y como si á este pensamiento se sucediese rápidamente en su imaginacion otro menos favorable al general, volvi6 á decirse:

—Pero si el marqués muere...

Santiago fij6 los ojos en el suelo, y exhalando un profundo suspiro, repuso:

—Si el marqués muere, si á las diez de la noche no ha regresado, yo cumpliré sus órdenes con exactitud, y luego, sin tener ningun lazo que me sujete á los hombres, yo le vengaré, para demostrarle todo el agradecimiento que conserva mi alma.

Y despues de esto, Santiago entró en el jardin y se puso á dar paseos por la ancha y despejada calle que conducia á la casa.

Un fisonomista, uno de esos sabios concedores del corazon humano, que tienen el don de leer en el semblante de los hombres el estado de su espíritu y las tempestades de su alma, hubiera podido hacer un gran estudio en el rostro de Santiago.

Cada hora que trascurria cambiaba su semblante de un modo notable.

El sol, mientras tanto, seguia impávido su carrera sin ocuparse de los acontecimientos humanos de la tierra.

Á la caida de la tarde la inquietud de Santiago era inmensa; subió á la azotea, desde donde podia ver grandes distancias de terreno.

En vano buscó por los inmediatos caminos al general. Cuando divisaba á lo lejos alguna forma humana que á pié ó á caballo avanzaba en direccion á la casa de Diodati, una inmensa alegría se apoderaba de su alma; pero pronto esa alegría se tornaba en desaliento, cuando al llegar el caminante á un punto en donde pudieran distinguirse sus facciones, se persuadia de que no era el general.

En esta horrible angustia, en esta inquietud azarosa

vió hundirse el sol en el ocaso, y avanzar por el Oriente las sombras de la noche.

Entonces un profundo suspiro se escapó de su pecho, y apoyando los codos en la barandilla de la azotea, dejó caer la frente sobre las palmas de las manos.

El cielo fué llenándose poco á poco de estrellas, la luna iluminó con sus poéticas tintas las aguas del lago, cruzadas por todas partes de alegres barquichuelos que conducian á bordo entusiastas viajeros.

Mas, ¿qué le importaba á Santiago aquel alegre concierto, aquel poético panorama que se estendia ante sus ojos?

Hay momentos en la vida en que se mira sin ver, en que se vive en medio del bullicio sin percibir otro ruido que el eco absorbente de nuestra conciencia.

¿Qué era para Santiago aquella estension de agua, célebre en el mundo y á cuyas orillas acuden de todos los países de la tierra para lanzar un grito de entusiasmo, un canto de admiracion? Un desierto solitario, un paisaje tétrico como los pelados riscos de la via sangrienta de Palestina.

Sabido es que el estado del espíritu embellece mas ó menos los panoramas. Santiago, hombre leal y agradecido, no podia mirar con indiferencia la difícil situacion del general, y á manera que se aproximaba la hora en que debia perder la esperanza de que regresara, su inquietud, su malestar aumentaban de un modo notable.

De sus tristes meditaciones vino á sacarle una voz para él tan querida como conocida:

PROLOGO Y NOTAS DEL AUTOR

LAS

FÁBULAS DE ESOPHO

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO

Y LAS

VERSIONES LATINAS DE TIBULLO, AVIANO, MIOBELLUS ETC.

precedidas de un ensayo histórico-crítico sobre la vida y de notables discusiones sobre los clásicos autores

POR EDUARDO DE MIRAS

BASES DE LA PUBLICACION

Las Fábulas de Esopo, formarán un tomo de regular dimensión, compuesto de unas 100 páginas, repartidas en diez folios los que ocuparán diez y siete números.

Cada número constará de 8 páginas, en diez y siete folios impares y pares, o bien de una lámina y diez y siete folios.

Para que nuestro libro tenga las ventajas de una verdadera publicación ilustrada, contendrá un considerable número de grabados, representando los principales pasajes de las fábulas más célebres.

A fin de popularizar tan preciosa obra, el precio de cada número será solo el de UN REAL en toda España.

PRÓXIMA A PUBLICARSE

LA CARCALADA.

(HISTORIA DE UN BUEN HOMBRE)

Novela de aventuras.

en acción.

ERNESTO GARCIA LA DIVERSE

Magister ilustración de láminas y grabados, dirigidos por el Sr. D. Juan de Dios

D. ERNESTO PLANAS

A UN CANTILLO de real la entrega.

PUBLICACION NOTABLE EN PRENSA.

LAS
FÁBULAS DE ESOPPO,

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO

Y DE LAS

VERSIONES LATINAS DE FEDRO, AVIANO, AULO GELLIO, ETC.,

precedidas de un ensayo histórico-crítico
sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados Autores,

POR EDUARDO DE MIER.

BASES DE LA PUBLICACION.

Las Fábulas de Esopo, formarán un tomo de regulares dimensiones, compuesto de unas 60 entregas, repartiéndose gratis todas las que escedan de este número.

Cada entrega constará de 8 páginas, en foleo, perfectamente impresas y glaseadas, ó bien de una lámina tirada aparte.

Para que nuestro libro reúna las condiciones de una verdadera publicación ilustrada, contendrá un considerable número de viñetas, representando los principales pasajes de las fábulas mas conocidas.

A fin de popularizar tan magnífica obra, el precio de cada entrega será solo el de UN REAL en toda España.

PRÓXIMA Á PUBLICARSE.

LA CARCAJADA.

(HISTORIA DE UN BUEN HIJO.)

Novela de costumbres.

SU AUTOR,

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

Magnífica ilustracion de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista

D. EUSEBIO PLANAS.

Á UN CUARTILLO de real la entrega.

Imp. de Ramirez y C.^á